

De alquileres y demás (I)

Los estudiantes se han lanzado a la calle en busca de piso

Santiago (Por Ana Liste). En las inmobiliarias de Santiago no queda un solo piso, un solo apartamento por alquilar. Todo está completo. Es muy probable, nos dicen, que la afluencia turística haya tenido mucho que ver, los turistas al fin y al cabo también ocupan un espacio. Pero fundamentalmente sucede que este año los estudiantes se han tirado a la calle, probablemente hartos de carencias y pensiones, probablemente en función de un nuevo tipo de vida más abierto y libre, aunque no precisamente cómodo. Del tema nos ocuparemos durante dos o tres días. Hasta hoy estuvieron dedicándose a estos menesteres, matrículas, toma de contacto y búsqueda de piso. Agrupados de dos en dos, de cuatro en cuatro, preguntándose, sopesando. Porque las inmobiliarias exigen por norma general una fianza y los «particulares» exigen, por norma general, aval y referencias. «Pedigree», en una palabra.

Durante la mañana de ayer las inmobiliarias estaban desiertas. Alguno, con pinta de estudiante currado y madurito, en la agencia Amor, cruzaba las manos en un gesto de ansiedad: vuelva usted el mes que viene. ¿Pero seguro?

Allí se nos dice que solamente les quedan tres cosas, un piso en Quiroga Palacios, tres habitaciones, cocina y baño por menos de veinte mil pesetas. Ahí es nada la caminata hasta cualquier facultad. Los restos que puede ofrecer otra de las inmobiliarias, Ginarte, se reducen a dos ofertas, tres habitaciones en el Milladoiro por veinte mil pesetas y un apartamento en el Pexigo por dieciséis mil: dormitorio, sala, cocina y baño. La agencia Andrade, otro tanto de lo mismo.

Digamos que para cualquier rezagado que haya llegado a última hora, la solución inmediata puede ser cualquier periódico que le venga a la mano. Los hay con ofertas largas y numerosas. Desde gente escarmentada de ironías estudiantiles que solicitan empleadas con referencias o jubiladas maduritas, lo que no deja de ser toda una exclusión, hasta habitaciones que por esto de crisis puede uno compartir con cualquier desconocido. En Espíritu Santo número dieciocho, seis mil pesetas por cama en una habitación de dos: usura. En Pérez Constanti número cuatro nos responde una voz armoniosa de señor entradito en años: «Si, es una habitación in-

dividual, claro, si, tiene luz. La habitación tiene una ventana que da a un patio amplio, grande, suficiente, sólo para dormir. Son nueve mil pesetas, sin derecho a cocina: Oiga ¿y se puede uno preparar un café? Bueno, esta es una casa particular.

Por Alférez Provisional

Y dentro de la escasez, digamos que los restos son variados. En Alférez Provisional, piso grande, exterior, siete habitaciones, sin amueblar. 45.000 pesetas y no quieren estudiantes, aunque los estudiantes hayan impuesto un status de clase media, un poderío económico de piso compartido hasta los mismísimos fondos de la nevera y hayan conseguido un alza, el pato que pagarán otros que ni comen ni se lo beben. Por supuesto, pocas veces se lo podrán pagar. Y la oferta sigue por San Lázaro, allí son quince mil pesetas por cuatro habitaciones, mojaduras que no veas o un plus en gasolina que ni los gastos de comunidad que exigiera el mejor y más elegante de los edificios. En la Rúa do Home Santo, dos dormitorios, cocina amplia y baño por diecisiete mil y treinta y cinco mil en el Hórreo, solamente para chicas, también exterior, con seis habitaciones y vistas a la Rosaleda. Ni la pirámides de Egipto.

De modo que nos lanzamos a la calle dispuestos a ver y tocar. Nos introducimos por un edificio cualquiera de la calle Nueva, y todo sea dicho, tampoco nos



Una habitación individual puede llegar hasta 12.000 pesetas, con derecho a baño y hacerse un café

vemos en la necesidad de escoger, porque todas las casas se parecen. Escaleras arriba y el primer tocata que se deja oír por el hueco del ascensor: allí nos reciben tres estudiantes en traje de faena, limpiando los restos de otros inquilinos anteriores. Digamos que de buenas a primeras las condiciones de higiene brillan por su ausencia, están intentando darle un «matiz» a la cosa, la cosa viene siendo un pisito con entrada de juguete en donde alguien ha improvisado un cuarto de estar, la única ventana a un horrendo balcón de cocina con pileta incluida. Es un primero y la perspectiva no demasiado halagüeña, metros y metros de patio de luces, paredes hacia el cielo, llanuras de tendales y por supuesto, un cielo que no se ve porque lo tapan dos planchas de uralita transparentes. El cuarto de estar indicado viene siendo un minúsculo espacio en donde se condensan camilla, sofá de skay y flores pardas, un mueble estrecho de formica y cuatro sillas. Dos habitaciones con literas y un baño con ducha de pie.

Las afortunadas inquilinas han tenido la suerte de encontrar una ganga flanqueada por «patios», diecinueve mil pesetas después de un largo rodeo por la zona, veinticinco mil con menos

claridad es lo corriente, mal amueblados, camas desniveladas y demasiado estrechas, gastos de comunidad que pueden ascender a cinco o seis mil pesetas. Hacinados sin luz y sin más, lo tienen bastante negro los estudiantes. Lo tienen negro para estudiar.

Y Santiago de Chile, otra cosa con cien metros por pasillo, absolutamente falta de calidez y calidad, cuatro habitaciones ¿cuatro? ¿Oiga, dónde está la cuarta? Pero hombre, aquí cabe una nevera. Hemos visto en Santiago de Chile alguna casa con cinco habitaciones, tres interiores, por un módico precio: veinticinco mil pesetas: ¿Quién da más? La falta de luz, de condiciones de habitabilidad en general, la fealdad de las viviendas, la carestía del entorno traducida en productos de primera necesidad, son hechos que nos hacen pensar en la dificultad que debe entrañar el estudio padeciendo condiciones semejantes. Y no es por dar un toque de dramatismo. Si le añadimos a la visión obtenida el número de habitantes por metro cuadrado, el drama se convierte en tragedia.

Anuncios de alquileres

Parece, pues, que las cosas funcionan mal. Pero no son las

inmobiliarias con sus fianzas previsoras, no son los contratos leoninos y temporales, no son los anuncios familiares en los periódicos, gentes que suelen exigir razón hasta la tercera vía generacional, seguridad. Son también algunos anuncios con faltas de ortografía colocados en ultramarinos y fruterías. En la Calle Nueva número trece se alquila habitación «para señorita».

La consabida ventana con miras al sempiterno patio, dos camas gemelas de formica, una mesa que más parece una broma, un armario colonial y la cara dura más rotunda o la necesidad más imperiosa: si se queda usted solita, doce mil pesetas. Puedo llegar hasta once, claro que, por menos, no me interesa. Se puede usted preparar un baño, y preparar un café. Se supone que tendrá que desayunar. También puede compartir la habitación con otra, se la buscamos nosotros si no la encuentra usted. ¿Llave? Yo creo que la llave no va a necesitarla, yo estoy siempre en casa, siempre despierta, no salgo jamás. Saben... Hemos tenido algún problema, gente irresponsable, usted comprende. Santo Dios.

Y así, mal que bien, vamos caminando. En la plazuela de San Pedro, número tantos, pásate y tomas un café. Vaya, si era un tercer piso y en la puerta del primero un cartel indicador: para el segundo, dos toques, para el tercero tres: Advertencia inmediata al lado del timbre. Y llamas, y te abren, y atraviesas un piso por el medio de un pasillo que es de otro. Dos pequeñas escaleras y la «patrona» que pone mala cara mientras cose con los ojos vueltos del revés porque no le gusta tu aspecto, le molesta que interrumpas a las once de la mañana. Dos escaleras más y la puerta improvisada del improvisado piso en cuestión: veinte mil pesetas, vive Dios.

Y así, entre contratos para estudiantes que sufren estos mismos y los que no lo son, irregularidades y formas difíciles de control e inevitables padecimientos, año tras año los alquileres van a más mientras instalaciones y mobiliario se vienen a menos y esta ciudad se convierte en un auténtico lujo para poder vivir.



Año a año, los alquileres van a más y los muebles a menos.